

HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

3



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

1962

VIII. Valencia, Florentino. Vio la luz primera en la ciudad de Monterrey el año de 1836 y comenzó la carrera militar a los diez y seis años como soldado de la Guardia Nacional de su Estado. Sirvió en el "Escuadrón de Guías" que mandaba el Comandante Pedro Martínez, siendo Teniente pasó a prestar sus servicios en el Batallón "Reforma" y participó en la acción de las Cumbres de Acultzingo y en la batalla del 5 de mayo. Se reincorporó al cuerpo de "Guías" que en seguida se llamó "Exploradores de Zaragoza", estuvo en la defensa de Puebla y quedó prisionero al rendirse la plaza. Llevado a Francia fue internado en Bourges, obtuvo su libertad sin condición, regresando al país por la vía de España, Nueva York, La Habana, Panamá y Acapulco; se presentó al General José María Arteaga en Tacámbaro, siendo ascendido a Capitán; figuró en el Estado Mayor de este jefe, pasó a prestar sus servicios en el Batallón del Coronel Cosío Pontones, asistió a los sitios de Querétaro y México; al triunfo de la República fue licenciado y se estableció en Monterrey. Reingresó al Ejército en enero de 1882; meses después obtuvo patente de Mayor de Caballería; el 10 de octubre de 1901 se le concedió retiro a dispersos y subsistió en estas condiciones hasta la disolución del Ejército Federal. Murió en su ciudad natal el 27 de junio de 1915 y fue uno de los tres últimos supervivientes de los prisioneros llevados a Francia que no se juramentaron.

EVANGELIZACIÓN EN DURANGO

JOSÉ IGNACIO GALLEGOS C.
Durango, Dgo.

HABLAR DE EVANGELIZACIÓN en Durango, es hablar de los hijos de San Francisco de Asís y de los de San Ignacio; es hablar del siglo XVI, de ese período fundamental de nuestra historia en el que se funden y amalgaman los elementos americanos y las aportaciones españolas; de esta unión había de nacer la personalidad de México tal cual es hoy en día. Con peso abrumador, dice un historiador, gravitará el siglo XVI sobre los siglos subsiguientes y en ciertas ocasiones éstos serán una evolución natural de aquel siglo preñado de porvenir.

Dice Alfonso Toro, que fueron los Misioneros los verdaderos civilizadores de los indios y que la sociedad colonial se ordenó y desarrolló a la sombra de la Iglesia.

La labor Misionera en México estuvo encomendada a tres Ordenes Mendicantes: Los Franciscanos, cuya labor principia en mil quinientos veintitrés con Fr. Pedro de Gante; los Dominicos que llegan en mil quinientos veintiséis y los Agustinos en mil quinientos treinta y tres. Los Jesuítas que llegan en mil quinientos sesenta y dos tienen un espíritu distinto y preocupaciones propias, no es que hiciesen a un lado a los indios, pero sí en la Nueva España la Compañía había de consagrarse con especial esmero, a la educación y robustecimiento espiritual de la sociedad criolla naciente en nuestro País.

De las cuatro Ordenes Religiosas citadas, sólo dos aparecen en nuestro Estado: Los Franciscanos y los Jesuítas, pues de las otras dos ninguna aparece como Misionera, aunque los Agustinos vienen a mediados del primer tercio del siglo XVII, no aparecen con ese carácter; de los Dominicos no tenemos ninguna noticia de que hayan venido.

Por eso en este trabajo de carácter histórico, vamos a ocuparnos de las dos Ordenes Religiosas que tuvieron a su cargo la evangelización de los

indios y que pusieron las bases de la educación en Durango, y que fueron, como ya dijimos; los Franciscanos y los Jesuítas.

Vamos a ocuparnos separadamente de cada una de ellas.

LOS FRANCISCANOS

Aparecen por primera vez en el año de mil quinientos cincuenta y seis con Fr. Juan de Tapia. Se encontraba este Misionero en el pueblo de Aca-poneta de la Nueva Galicia, y sabedor de un numeroso pueblo de indios que había en sus llanos, hizo el viaje en compañía de otro religioso cuyo nombre se ha perdido.

Era en los meses de enero y febrero del año dicho, el invierno era de lo más crudo y para llegar hasta los llanos citados, había que atravesar la Sierra Madre Occidental en su parte más difícil, la que se encontraba nevada y congelados sus ríos que la cruzaban.

Pero a aquel hombre de fierro y llama, enjuto de cuerpo y sin más equipaje que su fe, nada le arredró, marchó hacia su meta. El invierno, la nieve, los ríos crecidos, son detalles que no lo detienen y llega hasta los llanos por él tan buscados a los que llamó de San Francisco y que son los mismos que Ibarra bautizara con el nombre de Guadiana, donde se encontraba el pueblo de indios tan buscado.

Allí establece una Misión, y bautiza, según Torquemada más de dos mil quinientos indios y después se regresa al lugar de su procedencia.

Fue Fr. Juan de Tapia el primero que pronunciara en el ancho Valle de Guadiana, los nombres de Cristo y de la Santísima Virgen, que debe haberse estremecido al escuchar estos nombres. Los indios no pudieron haber recibido mejor herencia en su vida, que la enseñanza dada por aquel ejemplar Misionero.

Seguramente que después de cuatrocientos años, todavía se escucha en el Valle de Guadiana, la palabra ardiente del primer Misionero que vino a estas tierras.

Fr. Juan de Tapia se regresó al lugar de su procedencia y después pasó al Convento de San Francisco de Guadalajara, desde donde escribió al Virrey la carta en que le da noticias de su viaje al Valle del Guadiana, siendo esta la única prueba que tenemos.

Esta carta cuyo original conocimos en el Archivo de Indias, fue escrita un jueves siete de mayo, pero se le olvidó a su autor fijar el año.

Este error se ha prestado a confusiones, pues Mecham en su obra *Francisco de Ibarra and the Nueva Vizcaya*, dice que fue escrita en el año de

mil quinientos cincuenta y ocho, Mendieta dice que es del año de mil quinientos cincuenta y seis y Ricard en su obra *La Conquista Espiritual de México*, afirma, al igual que este último, pero se basa en lo siguiente: el siete de mayo cayó en jueves en el siglo XVI, en los años de mil quinientos cincuenta y seis y mil quinientos sesenta y dos, pero en este último año se celebró la fiesta de la Ascensión, particularidad que un religioso no podía dejar de consignar al escribir su carta. El que esto escribe también es de opinión que dicha carta no puede ser de mil quinientos sesenta y dos, porque para estas fechas ya se encontraban los Franciscanos en la Misión de Nombre de Dios y en el Valle de Guadiana todo era actividad por las conquistas de Ibarra, lo que tampoco podía dejar de consignar Fr. Juan de Tapia en su carta, si hubiese venido en el citado año de mil quinientos sesenta y dos.

Después, debemos hacer mención de la llegada de los cuatro primeros Frailes Franciscanos y de la Fundación de la Primera Misión en el noroeste del país, al quedar establecida en el Nombre de Dios.

Dice Ibarra en su Información de Méritos, que encontrándose en San Martín en el año de mil quinientos sesenta y uno, llegaron hasta él cuatro Misioneros Franciscanos que eran Pedro de Espinareda, Gerónimo de Mendoza, Diego de la Cadena y el lego Jacinto de Portillo, quienes llevaban una carta del Virrey don Luis de Velasco para el propio Ibarra, a fin de que los ayudara en la fundación de la Misión.

Ya para entonces, con motivo de los viajes de Ibarra, se tenían noticias en la capital del Virreinato, del descubrimiento de la parte nor-oeste de la Nueva España, donde se sabía de la existencia de grandes pueblos indígenas, los que urgía evangelizar y correspondió a la Seráfica Orden echarse a cuestras este trabajo.

Ibarra recibió con mucho gusto a aquellos Misioneros y se permitió acompañarlos, llevando unos cuantos soldados para mayor seguridad. Anduvieron por varias regiones como el Valle de Guadiana, y el río de las Nazas, pero como estallara la rebelión de los Zacatecas, tuvieron que suspender su viaje, reanudándolo cuando ésta terminó. Fue entonces cuando los PP. Franciscanos escogieron un sitio donde había una belicosa tribu Tepehuana y allí fundaron su Misión, la que según Torquemada, por haber sido la primera en la parte noroeste de la Nueva España, fue fundada "en el nombre de Dios", y de allí su nombre, el que quedó en el pueblo que nació a su alrededor y con el que es conocido todavía.

La fecha de la fundación de la Misión del Nombre de Dios permanece oscura: ha habido grandes contradicciones en ella, pues Arlegui en sus confusas Crónicas, fija la fecha de mil quinientos cincuenta y cuatro, Herrera

en sus Décadas fija los años de mil quinientos sesenta o mil quinientos sesenta y uno, y nosotros, fundados como ya dijimos en la Información de Méritos de Ibarra, así como en la carta que Fr. Jacinto de Portillo, dirigió al Rey en agosto de mil quinientos sesenta y uno, hemos fijado la de este último año, o muy al principio del siguiente. Nos resistimos a creer que haya sido antes, sobre todo en la fecha fijada por Arlegui, por encontrarla contradicha por todos los documentos que sobre el particular existen.

De los cuatro Franciscanos fundadores de la Misión, sólo dos permanecieron algunos años en ella, pues los otros dos, Gerónimo de Mendoza y Diego de la Cadena, salieron, el uno para México llamado por su Superior, y el otro para fundar la Misión de San Juan Bautista.

Tal era la confianza que había en las altas autoridades virreinales por la Orden Franciscana, que al darle el Virrey su nombramiento de Gobernador de la Provincia de la Nueva Vizcaya a Ibarra, se le manda llevar adelante su labor de conquista, pero debía de acompañarse de Sacerdotes Franciscanos.

Cuando Fr. Diego de la Cadena llega a los Llanos de la Guadiana, a fundar la Misión que llamara de San Juan Bautista, ya no va al mismo sitio que escogiera Fr. Juan de Tapia, porque éste había sido provisional, sino que ahora busca un lugar donde fundarla en forma definitiva.

Como se diera cuenta que los indios que iba a doctrinar, no sabían cultivar la tierra, se propuso escoger un sitio a donde fácilmente llegase el agua que procedente de los ojos de agua que había al poniente del Valle, regasen las tierras que se iban a cultivar.

Creemos que ésta fue la razón fundamental para que Fr. Diego de la Cadena escogiera el sitio donde fundara la Misión de San Juan Bautista.

Por las mañanas, después que el buen fraile concluía el ejercicio de su Ministerio Sacerdotal, se iba a los campos inmediatos a su Misión a enseñarles a los indios cómo se trabajaba la tierra y por las tardes, sentado en algún poyo que había en el atrio de la Misión, no sólo les enseñaba a rezar sino también a leer y escribir; Fr. Diego no sólo fue el primer evangelizador de los indios, sino también su primer Maestro.

En los años de mil quinientos sesenta y uno o mil quinientos sesenta y dos, tres sacerdotes Franciscanos llegaron a orillas de un río caudaloso donde había un pueblo de indios zacatecas, por lo que estos religiosos, que eran Pedro de Heredia, Juan Terrones y Francisco Santos, fundaron en aquel sitio una Misión que llamaron de San Juan del Río.

Otro pueblo zacateca que recibiera los beneficios de los PP. Franciscanos, fue Cuencamé, que en el año de mil quinientos ochenta y tres, fundara con Fr. Gerónimo de Panger una Misión que llamaron de la Purísima Concepción.

Ya sabemos la importancia que en la historia pre-hispánica tuvo el pueblo de Topia. Este lugar, el más importante de la región oeste de nuestro Estado,

fue habitado por la tribu Acaxees, la más civilizada de las que habitaron nuestro Estado y que estaba emparentada con los mexicanos, teniendo los mismos usos, costumbres e instituciones de éstos.

Su pueblo principal era Topia, nombre que en Acaxees quiere decir "jícara", y que se lo atribuyen a una tradición. Refieren que una india antigua que llevaba este nombre, se convirtió en piedra que quedó en forma de jícara, que en su idioma quiere decir "Topia".

La fecha de la fundación de Topia se pierde en la oscuridad de los tiempos, sólo podemos decir que en el año de mil quinientos sesenta y tres, fue visitada por el Capitán don Francisco de Ibarra que llevaba como Misionero a Fr. Pablo de Acevedo, pero éste no evangelizó y años más tarde, en mil quinientos noventa y uno Fr. Lorenzo de Gaviria llegó y fundó la Misión de San Pedro y San Pablo.

A fines del siglo XVI fue fundada por PP. Franciscanos la Misión de San Francisco del Mezquital, en una zona donde habitaban los indios Tepehuanes.

A principios del siglo XVII, por el año de mil seiscientos cuatro, fue fundada la Misión de Huazamota, en el corazón de la Sierra Madre Occidental; fue la Misión más aislada, pero la más necesaria, porque los grupos de indígenas eran muy numerosos y vivían eternamente aislados.

Como consecuencia de la sangrienta rebelión Tepehuana a fines del año de mil seiscientos dieciséis, las Misiones desaparecieron, los Misioneros fueron sacrificados y toda huella de civilización cristiana parecía que se iba a perder.

Pero aquellos santos varones, sobre las ruinas humeantes de sus Misiones fundaron otras y volvió a poblarse la región arrasada, y en los Llanos de la Saucedá, los PP. Franciscanos fundaron el año de mil seiscientos veinte, una Misión que llamaron de San Diego de Canatlán.

Desconocemos el nombre del Misionero que la fundara, sólo hemos encontrado un documento del año de mil seiscientos veintitrés que habla de dicha Misión, a cuyo frente estaba Fr. Diego de Espinosa.

La Obra Franciscana en Durango está tinta en sangre, algunos de sus Ministros cayeron víctimas del odio de los indios, pero también está salpicada de poesía con motivo de las leyendas que tuvieron su origen en ella.

Entre esas leyendas podemos hablar de dos: la del Cristo del Mezquital y la de la Virgen del Hachazo.

Nacieron en la insurrección tepehuana del mil seiscientos dieciséis. Los vecinos del Mezquital le tenían mucha devoción a dos imágenes que había en el templo, una era de Cristo y otra de la Santísima Virgen.

Con motivo de la sangrienta insurrección ya dicha, los vecinos del Mezquital se vieron obligados a abandonar su pueblo, y cuando la insurrección pasó, volvieron a él a ver qué había sido de aquellas imágenes tan veneradas.

Y se encontraron la imagen de Cristo, según refiere el cronista franciscano, tirada en el suelo y con una rodilla herida a consecuencia de un flechazo, y en la herida había una gota de sangre aún fresca. Esto bastó para que la veneración que por esta imagen sentían, aumentara, y decidieron traerla a la ciudad de Durango, tratando de levantarla un sacerdote secular, que no pudo con la imagen. Como algunos vecinos le prestaran ayuda, y ni así pudieron, parecía que la imagen se encontraba clavada en el suelo.

Visto esto por un sacerdote franciscano que se encontraba presente, tomó al Cristo y lo levantó con suma facilidad, como si fuera de paja.

Junto con esta imagen estaba la de la Santísima Virgen que aparecía con un hachazo en la quijada. Los vecinos que igualmente sentían una gran veneración por ella, trataron de componerla y cuantas veces lo intentaron, la huella del hachazo no se borró, por lo que optaron por traer dichas imágenes a Durango y llevarlas al templo de San Francisco.

Por haber sido derrumbado este templo, las imágenes pasaron, la de Cristo a la Parroquia del Sagrario, y la de la Virgen al templo de San José, donde aún se encuentran.

LOS JESUÍTAS

Dice el P. Decorme en su libro *La Obra de los Jesuítas Mexicanos en la época colonial de 1572-1767*, que desde mil quinientos sesenta y cuatro, llegaron los primeros jesuítas a la Villa de Durango, siendo éstos los PP. Hernando Suárez y Juan Sánchez que misionaron por una larga temporada y se fueron, no regresando hasta el año de mil quinientos ochenta y nueve en que vinieron los PP. Nicolás de Arnaya y Gonzalo de Tapia; que este último en compañía del P. Martín Pérez, regresó en mil quinientos noventa y uno, camino a Sinaloa, donde perdiera la vida, y finalmente al año siguiente vinieron los PP. Juan de Velasco y Alonso de Santiago.

El gobernador de la provincia de la Nueva Vizcaya, don Rodrigo del Río y Lossa, dándose cuenta de la actuación tan interesante de los PP. jesuítas, se dirigió al general de la Compañía de Jesús, pidiéndole mandase algunos sacerdotes a Durango para que fundasen casa, y éste ordenó que la casa que tenía establecida en Zacatecas se pasase a esta de Durango, donde quedó establecida en definitiva.

Desde mil quinientos noventa y tres los PP. jesuítas se establecieron definitivamente en Durango, según se desprende del documento que se encuentra en el Archivo General de la Nación, Fondo-Cosío.

Los PP. jesuítas se establecieron en Durango como educadores y como misioneros.

Poco tiempo después de su llegada, fundaron un colegio en un sitio alejado del centro de la Villa, pero después se cambiaron al lugar que hoy ocupa el edificio central de la Universidad de Durango, donde se establecieron en definitiva.

Alumnos de todas las ciudades circunvecinas venían al colegio atraídos por su fama.

Todo el siglo XVII trabajó el colegio de los jesuítas con plausible éxito, tanto que el edificio resultó de pequeñas proporciones para el número de alumnos que había para el siglo XVIII, por lo que a mediados de este siglo se empezó a demoler el viejo edificio y a construir el actual, que no lo vieron terminado los PP. jesuítas por la expulsión de que fueron víctimas en el año de mil setecientos sesenta y siete, correspondiéndole a la Sagrada Mitra de Durango, darle fin.

A la vez que los PP. jesuítas fundaban su colegio en Durango daban principio a su labor misional.

Desde su residencia en Durango, atendían las misiones que tenían establecidas en Sinaloa, al norte de la ciudad de Durango y las fundadas en la región Lagunera.

En el año de mil quinientos noventa y cuatro, el P. Gerónimo Ramírez, va a Cuencamé donde pasa una temporada, haciendo viajes a distintos lugares de la región Lagunera.

Los PP. Gonzalo de Tapia y Martín Pérez, vienen a la Villa de Durango, el año de mil quinientos noventa y uno, de paso para Sinaloa, donde el primero encontrara la muerte a manos de los indios de aquella región. El P. Tapia es el primer mártir jesuíta que cae en la Nueva Vizcaya.

El P. Gerónimo Ramírez, después de recorrer la región Lagunera regresa a Durango y se establece en la Hacienda de la Saucedá, desde donde empezó a recorrer la región norte del Estado, dándose cuenta que era muy poblada de naturales y que necesitaba una urgente evangelización.

El año de mil quinientos noventa y seis, el P. Ramírez lo emplea en estudiar y aprender la lengua tepehuana y al siguiente, ya se adentra en la región y funda en el mes de mayo la Misión de Santiago Papasquiario, y el dieciséis de julio la de Santa Catalina de Tepehuanes.

Mientras por el norte evangelizaba el P. Ramírez en unión del P. Juan Fonte, por el oriente otro jesuíta, el P. Juan Agustín de Espinoza, funda las misiones de Mapimí, Cinco Señores y Parras.

La actividad misionera a cargo de los PP. jesuítas aumenta a principios del siglo XVII y se establecen misiones en el Zape, en Guanaceví, y en

Topia y las tribus Acaxeos y Xiximies son evangelizadas por el P. Hernando de Santarén.

La insurrección Tepehuana de mil seiscientos dieciséis detiene temporalmente la labor evangelizadora de los PP. jesuitas, pues son arrasadas las misiones de Guanaceví, el Zape y Santiago Papasquiario y sacrificados ocho sacerdotes que se encontraban al frente de ellas.

En el año de mil seiscientos veinte, vuelven los PP. jesuitas a entrar a la zona devastada y nuevamente fundan sus misiones en los mismos sitios en que habían estado, y la evangelización de los indios sigue adelante.

Desde mediados del siglo XVII disminuye la labor evangelizadora en Durango. El Obispo Fr. Diego Evia y Valdés seculariza muchas misiones y los primeros que las abandonan son los franciscanos.

En el año de mil setecientos cincuenta y tres los PP. jesuitas entregan a la Mitra de Durango las misiones de Cinco Señores y Parras y así poco a poco se van extinguiendo las misiones, que fueran centros de cultura y civilización.

MAGDALENA, LA INGRÁVIDA

DANIEL COSSÍO VILLEGAS
El Colegio de México
México, D. F.

EL CASO MÁS NOTABLE DE UNA opinión pública desviada, sin embargo, es el de la bahía Magdalena: hasta el día de hoy, y lo mismo se piense en el juicio especial del historiador, que en la opinión ilustrada del hombre culto y sensato, o en la reacción espontánea del pueblo, Porfirio Díaz comprometió el honor nacional en este asunto; Estados Unidos abusó de la complacencia del régimen al apoderarse de la Bahía, y, a la postre, Porfirio Díaz cayó del poder porque en un acto tardío de contrición se negó a venderla.

Desde luego, el caso de la bahía Magdalena no fue único: Estados Unidos tuvo de 1861 a 1924, es decir durante sesenta y cuatro años, una autorización para crear y mantener en la bahía de Pichilingue, próxima a La Paz, una estación naval carbonera. En este caso —que no ha trascendido, aun en el día de hoy, a la opinión pública, ilustrada o no—, el gobierno mexicano, dada la autorización, obstaculizó, consciente o inconscientemente, su uso. La resolución sobre los permisos que pedía el gobierno de Estados Unidos para hacer cualquier reparación en el muelle, almacén o cobertizos, se posponía una y otra vez sin motivo o explicación aparentes; las autoridades de La Paz exigían que todos los materiales para hacer esas obras debían ser conducidos allí para su inspección, y, desde luego, las autoridades federales tenían que aprobar cualquier variante en el plan de trabajos y transmitir la aprobación a las autoridades locales de La Paz. En 1924, el embajador mexicano Manuel C. Téllez hizo al Departamento de Estado una historia muy sumaria del asunto: la autorización de 1861 no se había conformado con las leyes mexicanas, pues fue el jefe político de Baja California quien la concedió originalmente; es verdad que el ejecutivo federal la confirmó en 1867 y que en 1900 se prorrogó. En esta fecha, empero, la prórroga se condicionó al derecho de México de revocar la autorización en